

esperábamos que él ridimiria á Israel, y hoy es el tercer dia que ha sucedido todo esto. Y algunas mugeres de las que estaban con nosotros, nos han aterrado, porque fueron antes de amanecer, al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, vinieron diciendo, que habian visto una vision de ángeles, los cuales dicen que él vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron ser así como dijeron las mugeres; mas á él no le encontraron. Y Jesus les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazon para creer todo lo que hablaron los profetas! ¡Por ventura, no convino que Cristo padeciera esto y entrase así en su gloria? Y comenzando desde Moises, y siguiendo por todos los profetas, les interpretaba lo que se

adelante, despues que Jesus se habia manifestado ya á los once, y de consiguiente, á ellos tambien. Véase aquí este pasage notable: "Se apareció á Cefas, y despues á los once: en seguida, se manifestó á mas de quinientos hermanos reunidos, muchos de los cuales viven todavia, y otros han muerto: despues se dejó ver á Santiago, y luego á todos los apóstoles. (Epístola I á los de Corinto, XV, 5 á 7)." Es probable que se hable aquí de una aparicion particularmente notable del Hijo de Dios, que se verificó poco antes de su ascension, y en la cual daria acaso una instruccion especial á los apóstoles, sobre los asuntos de su Iglesia, y los iniciaria aun mas que antes en los secretos del reino de Dios. Tal vez se dirá que San Pablo toma aquí la palabra apóstol en un sentido mas lato, queriendo designar, no solo á los doce, sino tambien á otros grandes doctores, animados del espíritu de Dios (Actos de los apóstoles, XIV, 13), así como él y Bernabé fueron llamados apóstoles por San Lucas, y el mismo San Pablo da este nombre á Andrónico y Junia. (Epíst. ad Rom. XIV, 7). Sea de esto lo que quiera, no hay duda ninguna que todos estuvieron presentes á esta aparicion de Jesucristo, que se manifestó á quinientos discipulos juntos, y San Pablo la distingue de la que se verificó despues para Santiago, y de otra que tuvieron posteriormente todos los apóstoles.

habia dicho de él en todas las Escrituras. Y se acercaron al lugar á donde iban, y él fingió ir mas lejos. Mas ellos le obligaron diciendo: Quédate con nosotros, porque se va haciendo tarde, y ya está para caer el dia. Y entró con ellos, y sucedió, que estando sentados á la mesa, tomó el pan y le bendijo, y le partió y les daba á ellos. Entonces se abrieron sus ojos y le conocieron; mas él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: ¿No se abrasaba nuestro corazon dentro de nosotros, cuando hablaba en el camino y nos descubria las Escrituras? Y levantándose en aquella misma hora, regresaron á Jerusalem, y hallaron congregados á los once y á los que iban con ellos, diciendo: El Señor ha resucitado verdaderamente. Y ellos contaban lo que les habia pasado en el camino, y cómo le conocieron al partir el pan. (San Lucas, XXIV, 13 á 15)."

¿Quién no desearia, por poco que crea en su nombre, que se hubiese dignado el Espíritu Santo de darnos á conocer el discurso en que Jesucristo explicaba las Escrituras á los dos discipulos que no le habian conocido? Mas no tratemos de saber lo que Dios ha querido ocultarnos. Una vez que su Hijo nos enseñó, que ningun pájaro cae en tierra sin la voluntad del Padre, y que todos los cabellos de nuestra cabeza están contados, debemos estar seguros, que ninguna palabra de su Hijo se ha perdido sin su santa voluntad. Su sabiduría que ordenó el curso de los astros, nos ha revelado precisamente lo que nos era necesario y provechoso saber en nues-

tra peregrinacion. Nosotros caminamos en el mundo, en medio de la oscuridad, de donde salen algunos resplandores para nuestra salvacion. El Hijo de Dios caminó delante de nosotros, y sus huellas son nuestras guias. “Tu vida, dice el venerable Tomás de Kempis, tu vida es nuestro camino, y por una santa paciencia caminamos hácia tí. (Imitacion de Cristo, Lib. III, 18).”

Si el Evangelista no nos ha comunicado el contenido del discurso de Jesucristo, á lo menos nos ha hablado del modo con que explicaba las Escrituras. Empezando desde Moises y siguiendo por todos los profetas, les interpretaba lo que se habia dicho de él en todas las Escrituras: el corazon de los discípulos estaba abrasado; ¿y por qué? Porque el Señor encendió en ellos aquellas antorchas que convierten un oscuro laberinto en un templo de Dios magníficamente ordenado, y les presentó las Escrituras como un todo que se refiere enteramente á él, y que solo por este respecto tiene significacion y dignidad; como un todo cuyo centro es él, que es el sol, manantial de la luz, del calor y de la vida. ¿Quién prestará aún oídos á esos falsos doctores, que procuran con tantos esfuerzos, persuadirse que las Santas Escrituras no se aplican á él? Dejadlos: son ciegos y guias de ciegos; mas si un ciego guia á otro ciego, ambos caen en la hoya.

El evangelista San Márcos solo habló de los discípulos de Emmaus, en estos términos: “Y despues de esto, se manifestó en otra figura á dos de ellos que iban de

camino y se dirigian á un pueblo. Y éstos fueron á participarlo á los demas, y tampoco les creyeron. (Cap. XVI, v. 12 y 13).”

Dificil es concordar estas palabras con la narracion de San Lúcas, quien refiere, que los once y los que estaban con ellos, recibieron con esta exclamacion de alegría á los dos discípulos que volvian de Emmaus: “El Señor ha resucitado verdaderamente, y se ha aparecido á Simon.” Mas esta contradiccion aparente se disipa, cuando se piensa cómo estaban dispuestos entonces los ánimos de los apóstoles y de los otros discípulos. No creyeron lo que les habian contado las santas mugeres respecto de las apariciones y testimonios de los ángeles; pero como no podian suscitar ninguna duda sobre la veracidad de aquellas personas á quienes conocian de muchos años antes, tomaron por una ilusion de su imaginacion exaltada dichas apariciones, aunque no podia ocultárseles la inverosimilitud de tal suposicion, una vez que las diferentes mugeres que habian tenido apariciones, convenian todas en decir, que Jesucristo habia resucitado. La circunstancia de estar el sepulcro vacío, era tambien para llamar la atencion, y por último, no es posible que las palabras con que Jesucristo les habia predicho que seria crucificado y resucitaria al tercero dia, hubiesen dejado de vencer su incredulidad. Esta, así como la credulidad, es de dos clases: la una es la conviccion, y la otra la duda. La incredulidad de los apóstoles era de esta última especie: es vacilante, sobre

todo, cuando el objeto de nuestra creencia nos parece importantísimo, y por este motivo la incertidumbre produce grande inquietud en nosotros.

Los apóstoles creyeron, cuando San Pedro les atestiguó que había visto al Señor. No sabemos nada de las circunstancias de esta aparición: tal vez duró muy poco y desapareció, y se desvaneció rápidamente: tal vez iba acompañada de circunstancias que no podían hacer vacilar la convicción de San Pedro; pero que podían dejar en los ánimos de los que le escuchaban, algunas dudas leves ó una secreta disposición á creer que también él había padecido ilusión. Con todo, se dieron por convencidos, porque deseaban con viva ansia serlo. En aquel instante entraron en el aposento Cleofas y su compañero, y fueron recibidos por los once apóstoles, con aquella impaciencia tan natural en nosotros cuando queremos esforzar nuestra propia convicción, publicándola y comunicándola, y con esta exclamación de gozo: El Señor ha resucitado verdaderamente, y se ha aparecido á Simon. La palabra *verdaderamente* prueba, que entonces estaban plenamente convencidos ó creían estarlo. Así, cuando los dos discípulos les contaron lo que les había sucedido en el camino y en Emmaus, cómo les habían visto y hablado y no le habían conocido hasta que partió el pan, empezaron á dudar. Se ve que su fé estaba todavía muy vacilante, por la relación de la aparición de Jesucristo que se siguió inmediatamente después, y en la cual, según dice San Márcos, *les repre-*

dió su incredulidad y la dureza de su corazón, porque no habían creído á los que le habían visto resucitado. Y San Lucas, al decir del cual acababan de afirmar aquellos que Jesús había resucitado y se había aparecido á Pedro, nos manifiesta igualmente, que cuando el Hijo de Dios se presentó en medio de ellos, estaban turbados y sobrecogidos de terror, figurándose ser un espíritu, hasta que les permitió tocar sus manos y sus pies. La misma turbación en que estaban hacia algunas horas, producía tal efecto en ellos, á lo que parece, que el gozo de que estaban poseídos, causó algunas dudas y no se disiparon éstas del todo, hasta que el Señor les pidió de comer y comió á su presencia.

Oigamos la historia de esta aparición, sacada de la narración de los tres evangelistas comparados entre sí. “Y mientras hablaban esto, apareció Jesús en medio de ellos, estando cerradas las puertas del aposento donde estaban congregados los discípulos por miedo de los judíos (1), y les dijo: La paz con vosotros: yo soy, no

(1) Es de presumir que la causa de este miedo dependía también de la relación de los soldados romanos, que sobornados con dinero, aseguraban que los discípulos de Jesús habían robado su cuerpo. San Mateo cuenta las negociaciones que mediaron sobre esto, entre los príncipes de los sacerdotes y los soldados, y San Juan habla de las puertas cerradas. Así, un evangelista suele completar muchas veces la narración de otro, sin que por eso concurran ambas narraciones en un punto perceptible de similitud; y esto mismo marca sus testimonios con un nuevo sello de verdad. Cuando de muchas relaciones hechas con la más noble sencillez, é indudablemente sin haberse concertado sus autores, se ve salir un todo,

temais. Mas ellos turbados y sobrecogidos de terror, juzgaban ver un espíritu. Y él reprendió su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído á los que le habían visto resucitado. Y les dijo: ¿Por qué os turbais y se levantan esos pensamientos en vuestros corazones? Ved mis manos y mis piés, y ved que soy yo mismo. Tocad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos como veis que tengo yo.

“Y habiendo dicho esto, les enseñó las manos y los piés, y el costado. Mas como no creyesen ellos todavía, y estuviesen enagenados de gozo, les dijo: ¿Teneis aquí algo que comer? Y ellos le presentaron un trozo de pez asado, y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos, tomó los residuos y se los dió. Y les dijo: Estas son las palabras que yo os hablé cuando estaba aun con vosotros: que es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de mí en la ley de Moises, en los Profetas y en los Salmos. Entonces les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras, y les dijo: Porque está escrito, y así convenia que padeciese Cristo (1), y resucitase de entre los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre la penitencia á to-

este todo adquiere un carácter de elevada autenticidad, que no puede desconocerse. Cualquier lector debe percibir que diferentes contradicciones aparentes destruyen la posibilidad de toda sospecha de un plan concertado; mas si se desvanecen tambien estas contradicciones aparentes, ¿qué mas se quiere? A no ser que se exija un Evangelio que halague el orgullo y la sensualidad: esta es precisamente la causa de la incredulidad.

(1) *Christos*, quiere decir en griego el unguido, y en hebreo el *Mesías*.

das las naciones, empezando por Jerusalem. Y vosotros sois testigos de estas cosas. Y les dijo de nuevo: La paz con vosotros: como mi Padre me ha enviado, así os envío yo. Y habiendo dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: aquellos á quienes remitiéreis los pecados, les serán remitidos; y aquellos á quienes los retuviéreis, les serán retenidos. (San Lúcas, XXIV, 36 á 48, San Márcos, XVI, 14, y San Juan, XX, 19 á 23).”

San Márcos, cuya sucinta narracion sobre esta aparicion de Jesus, va incluida en la que acaba de leerse, empieza así: “*Despues de esto, se apareció á los once cuando estaban á la mesa.*” La Vulgata traduce *novissime*, y Lutero, *últimamente*; mas la voz griega *usteron*, significa *paulo post*, un poco despues, y la palabra *novissime* de la Vulgata, puede traducirse del mismo modo. No debe, pues, inferirse de este *novissime*, que el acontecimiento referido por San Márcos, es diferente del que cuentan San Lúcas y San Juan, con circunstancias mas individuales. Sin duda se ha entendido mal la palabra *usteron*, porque en efecto, San Márcos pasa inmediatamente de esta narracion á la última aparicion de Jesucristo y á su ascension; mas ¿no hace lo mismo San Lúcas? Y con todo, refiere claramente en el capítulo XXIV, lo que habia acontecido el dia antes de resucitar Jesucristo, así como San Juan, que empieza su narracion con estas palabras: “La tarde del mismo dia, que era el primero de la semana.” Entre

este día de la resurrección del Salvador, y el de su ascension, trascurrió, según dice San Lucas en los Actos de los apóstoles, un espacio de cuarenta días, de que dicen muy poco San Mateo, San Marcos y San Lucas; pero San Juan habla más; y para que no se diga que San Marcos no sabía nada de las apariciones que se verificaron en Galilea, quiso la sabiduría de Dios que en su Evangelio advirtiese el ángel del sepulcro á los discípulos, por medio de las santas mugeres, que fuesen á Galilea. Los evangelistas suelen pasar de un suceso á otro, inadvertidos, por decirlo así; pero si se comparan sus narraciones, resulta un conjunto bien ordenado y completo. Así se ve en muchos libros del Antiguo Testamento. Los dos últimos de los Reyes, y los del Paralipómenon, se apoyan y completan recíprocamente, y muchas veces también con los pasajes históricos de Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. Cada profeta tiene su modo particular de escribir, que no puede ocultarse al lector atento é inteligentè. Este saca una satisfacción más viva de los Evangelios, y su concordancia, que no ocurre al lector superficial, y de que no hicieron mucho caso los Evangelistas, viene á ser más evidente para aquel.

Ya había dicho nuestro Salvador á sus discípulos antes de morir: “Después que resucitare, iré delante de vosotros á Galilea.” El día de su resurrección encargó á las santas mugeres, por el intermedio de un ángel, que previniesen á los discípulos que fueran á Galilea, y

él mismo repitió este encargo cuando se apareció á aquellos; pero su amor no se contentó con el cumplimiento de lo que había prometido. Dios cumple siempre lo que promete; pero á veces hace más. Jesucristo se apareció á sus discípulos la noche misma del día de su resurrección, según acabamos de ver, y probablemente les encomendó que permaneciesen aún en Jerusalem toda la fiesta de pascua, y aun más, pues que según veremos, se les apareció de nuevo en dicha ciudad, de allí á ocho días, antes que le hubiesen visto muchas veces en Galilea.

CAPITULO VIII.

JESUS SE APARECE DE NUEVO Y CONFUNDE LA
INCREULIDAD DE TOMAS.

“Y Tomás, uno de los doce, que se llama Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor; mas él les respondió: Si yo no viere la señal de los clavos en sus manos, y no meto mi dedo en el agujero de los clavos, y mi mano en su costado, no creeré. Y de allí á ocho días, estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos. Vino Jesús estando cerradas las puertas, y se puso en medio y dijo: La paz con vosotros. Después dice á Tomás: Mete tu dedo aquí, y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomás y le dijo: Señor mío y Dios mío. Jesús le dijo: Tomás, porque me has vis-